

CUADERNOS DE HISTORIA 19

DEPARTAMENTO DE CIENCIAS HISTÓRICAS
UNIVERSIDAD DE CHILE DICIEMBRE 1999



DOS ÁNGULOS DE LA HISTORIA

Entre los meses de mayo y agosto de 1999 se desarrolló en la prensa de Santiago un interesante debate sobre nuestra historia, que derivó a la interpretación esencial de ella y a aspectos epistemológicos que guían el método para estudiar el pasado.

Cuadernos de Historia ha creído interesante poner el mencionado debate al alcance de los estudiosos y preservar de esa manera **un** testimonio valioso.

Hacía mucho tiempo que en el ámbito del país no se presentaba una discusión histórica larga y sostenida, que tocara aspectos fundamentales y rompiera la monotonía aparente del trabajo historiográfico.

Comité Editorial

Nueva Historia de Chile

María Angélica Illanes.
El Mercurio, Artes y Letras, 9 de mayo de 1999

La *Historia Contemporánea de Chile I*, de Gabriel Salazar y Julio Pinto, se levanta hoy, como la poética de Hesíodo, como un gran texto que narra “los trabajos y los días” de la sociedad chilena a lo largo de su historia republicana. Ella busca instalarse como una narrativa alternativa a la que ha pretendido construir la historia patria sobre la base de una mitología deificadora de señores en el poder. *La historia contemporánea de Chile I* busca al hombre y la mujer concreta que ha hecho la historia nuestra, otorgándole un protagonismo clave y articulador de sentido de toda la construcción histórica chilena.

Esta historia se hacía ya imprescindible. Estructurada en dos tomos –que pronto serán cuatro–, cada uno de los autores expresa en ellos su peculiar pensamiento y estilo interpretativo, habiéndose hecho, en conjunto, voceros responsables de una historia general que necesitábamos. En ella se entregan las bases para una aguda problematización y crítica reflexión en torno a los temas más relevantes de nuestra historia, así como respecto de sus desafíos de futuro.

El sujeto histórico

¿Quién es y cómo se define el sujeto histórico, clave interpretativa de esta historia? El texto, en general, identifica a este sujeto como un actor *concreto*, vital, existencial, de “carne y hueso”. Pero, más allá de toda definición, dicho sujeto concreto va quedando configurado a lo largo de la

narración, pues ésta no es un mero recuento de sucesos, sino que es la palabra y forma que se le va otorgando al hombre y la mujer concreta en su interacción con las estructuras políticas y sociales, para que en ella vaya configurándose y cobrando vida histórica. La narración es, pues, aquí, el propio acto de creación de este sujeto que emerge desde el barro o desde la palabra de sus trabajos y de sus días.

No obstante, la definición de este sujeto concreto constituye un aspecto importante del texto, pues en entorno a éste se juega la opción de esta narrativa historiográfica. Julio Pinto define a este sujeto “clase social” y se aboca, desde una opción casi sociológica, a la tarea de una amplia reconstrucción de las distintas clases sociales y su rol histórico en las fases de la historia republicana. Por su parte, Salazar ya no denomina aquí a este sujeto “bajo pueblo”; ha buscado ampliar esta categoría optando por el concepto de “ciudadano”, en un claro esfuerzo por abarcar una sociedad y una historia más compleja. Salazar se ve tentado, a veces, para mayor claridad, de hablar de “baja ciudadanía” para referirse a un sujeto civil que es excluido de la distribución por arriba, del poder, y los dos autores lo vuelven a clarificar: se trata del *ciudadano de base*: he aquí el sujeto protagonista de esta historia.

Desde esta perspectiva, este texto constituye la expresión de una reflexión profunda y del esfuerzo por la búsqueda de una renovación constante de las categorías que, sin aspirar a una Verdad a-dialéctica, busca una veracidad en construcción. Es este,

pues, el momento propicio en que los autores han querido y necesitado escribir una Historia de Chile, el momento en que nuestros narradores y sus autores han entrado ya en una compenetración real.

Al tratar acerca del “ciudadano”, no se está refiriendo al ciudadano de Rousseau, que fue abstraído en la construcción mecanicista de la Nación y de la Voluntad General, con el fin de construir por arriba el poder burgués. Por lo contrario, se trata del ciudadano de Hesíodo, concreto, vital, existencial, el que encarna los “trabajos y los días”. Un ciudadano encarnado que aquí se pone en su justo lugar; es decir, por delante de las figuras artificialmente iluminadas por los focos del mito fundador de la “ciudad propia”. Y al ocupar el ciudadano concreto su lugar central en la plaza pública, al desplegarse en toda su figura crítica, tocará con su sombra a aquellas estatuas encargadas de hacer por concursos y por tiraje de *comic* semanal a los mitológicos oficiales del poder.

Este ciudadano-concreto se opone o diferencia críticamente en el texto respecto de la “clase política”, la cual encuentra su definición de “clase” justamente en el acto y proceso de negación de este ciudadano de base, al que utiliza para sus propios intereses de poder, transformándolo en clientela a nombre de sus construcciones míticas y de sus instalaciones y abstracciones políticas.

Es conocido este fustigamiento que viene haciendo Gabriel Salazar a la “clase política” histórica nacional. Este texto es un nuevo, afilado y largo látigo que la golpea con maestría en todos sus flancos, sin piedad, sin descanso, hasta rasgarle sus vestiduras. Es una crítica fuerte, sin duda; para muchos, quizás demasiado. Pero cuando las dudas afloran, una nueva avalancha narrativa vuelve sobre los pasos andados y, como si intuyese la duda, el texto se transfigura en poesía, para comunicarse directamente

en el lenguaje del mito, reclamando a los dioses la participación en los frutos y gobierno que han quitado a los hombres del trabajo, para el bienestar de sus días.

Reimplantación...

En este sentido, y a pesar de que el texto es muy hegeliano, tanto en su método como en el uso del concepto de “sociedad civil”, se ríe al mismo tiempo del mito hegeliano del Estado, supuestamente responsable y dador de bienes y velador por el bienestar común y del todo. Desde esta perspectiva, este es un texto marxista, en cuanto a su reiterada crítica al idealismo de Estado, a su acento en la sociedad civil en tanto relaciones inter-subjetivas donde se desenvuelve la sociedad en torno a sus condiciones materiales de vida. Pero al mismo tiempo es un marxismo disidente, aquel que supo y sabe de los peligros del entronizamiento en el poder de una clase que, a nombre de los trabajadores, se encargaría de hacer la Transición (revolucionaria).

Lo interesante aquí es que este concepto de una fracción que hace una transición para constituirse en una clase política no se aplica sólo para el análisis de una etapa revolucionaria (socialista), sino para *toda la construcción republicana de la historia de Chile*, hasta la actualidad. Esta clase política ha sido, en esta lectura crítica de Salazar, una suerte de buró de Stalin en el poder republicano, desde su expresión portaliana hacia adelante. Salazar juega con esta dialéctica del “hoy como ayer y del ayer como hoy”, tejiendo magistralmente los hilos de la historia, la que va quedando así, construida, como un tapiz sólido y resistente que se ofrece al ciudadano para alfombrar su nueva entrada a la conciencia crítica de su historia republicana.

En esta dialéctica del “hoy como ayer”, por ejemplo, Salazar cuestiona la tesis de Joaquín Lavín y de Tomás Moulian

respecto de que en las últimas décadas se habría gestado en Chile una *revolución* neoliberal. Según Salazar, ésta no es más que un reimplante del proyecto libremercadista que las elites liberales habrían preconizado desde el siglo XIX. Esta tesis va acompañada de una discusión sobre el concepto de “revolución”, y vendrá sin duda a re-alimentar un debate que nos permitirá ahondar en la comprensión de la actualidad.

Creemos que el concepto de reimplantación aporta luces fundamentales; lo cual, sin embargo, no nos debe subestimar las peculiaridades y la propia fuerza que ha adquirido este reimplante en esta etapa de la historia cuando el neoliberalismo se ha constituido sobre un “asalto al poder” desde todos los flancos. Porque este libremercadismo actual se ha alimentado, incluso, de su proyecto históricamente oponente, cual fue el del desarrollo nacionalista hacia adentro, a través de la conquista del Estado y sus fondos previsionales. Tal como se hizo en la conquista de los imperios de América, los libremercadistas han decapitado la cúpula estatal, se han apropiado de los tesoros y aparatos de Atahualpa, profundizando y cooptando a la sociedad en la mita de una nueva lógica de “dominación”. Creemos que en torno al tema de esta nueva profundización de la *dominación* descansa el tema central de la discusión, y que Salazar identifica con el “arrasamiento inmisericorde de los micropoderes que surgen de la angustiada identidad nacional” (Pág. 171).

Proyecto popular

En torno a este crítico desgarramiento entre sociedad civil y Estado, que habría sido tomado por asalto por una clase política civil y una clase política militar, se configura el primer tomo de la *Historia contemporánea de Chile*: desgarramiento

que se articula como un arriba/abajo vertical e irreconciliable. Arriba/abajo que se construye como la negativa a la incorporación en el arriba del proyecto de la ciudadanía de abajo. Alfredo Jocelyn Holt, entre otros, ha cuestionado este planteamiento de la existencia de un *proyecto* del pueblo o del ciudadano; Salazar ha respondido que ese proyecto se ha negado en términos de que no habría un “discurso” del pueblo con el cual la clase política pudiese interlocular, y establece que no se trata de la existencia o no de un discurso sino de una existencialidad histórica, real y concreta que simplemente no se ha querido “ver”; existencia concreta cegada para ser mejor negada. Que este proyecto sí ha existido y que se ha expresado en la negativa de los sectores populares a ser sometidos.

Efectivamente, creo que todos los que hemos trabajado con pala y picota —como dice Sergio Grez— en historia social y popular, sabemos que sí ha existido un proyecto del ciudadano concreto y del pueblo y que incluso también ha existido un discurso de tal proyecto. Tal proyecto se ha desenvuelto en el propio proceso de configuración histórica del sujeto; es decir, es un proyecto dialéctico que se expresa en la negativa a su proletarización económica y política y, por lo tanto, en su afirmación de ciudadanía, expresado, en general, en su resistencia al privilegio de clase. Y este ha sido un gran “peso de la noche” de la aristocracia. No tanto el “desdén” del pueblo, sino la insolencia, la gallardía, el rostro alzado frente a frente y el desprecio del pueblo respecto a una clase que pretende construir sus privilegios sobre sus espaldas. Tanto su instinto como su conciencia “igualitaria” ha sido y es el proyecto del ciudadano chileno; tomar nota de eso constituye para cualquier proyecto político un factor imprescindible y que sin duda esta Historia de Chile contribuirá aún más a aclarar.

Sin embargo, también pensamos que ese proyecto y discurso ha sido a menudo clientelizado, mercantilizado y “modernizado” por la clase política en vista de su propia construcción como tal clase política. Y que en este proceso de modernización, el proyecto popular ha sido intervenido y, más bien, cooptado para los fines modernizadores del poder, sacrificándose para los objetivos más “altos y sublimes” de la religión y mitología nacional. Pensamos que la *intelligentsia* de arriba ha sabido, muy a menudo, construir un escenario, no tanto sobre su arriba-abajo tan vertical, sino sobre un arriba-abajo más horizontal; esto es, sobre un escenario que ha dejado tras bambalinas, en una relación utilitaria, subordinada, oculta, engañosa y sacrificial. Al ciudadano se le ha encargado subir y bajar las cortinas para que la clase política salga a recoger las luces y los aplausos. Pero claro, tal como lo muestra Salazar, este pueblo, su cuerpo y su palabra, no ha dejado también de irrumpir en las tablas,

descorriendo cortinajes y derrumbando andamios, para escenificar su presencia, su gesto y su voz autónoma y anti-privilegio. He ahí el teatro de nuestra historia.

En torno a la misma preocupación por hacer una historia del ciudadano, Julio Pinto, junto a Azun Candina y Robinson Lira, dedica el segundo tomo de esta *Historia contemporánea de Chile* a lo “social”, visualizando en términos de actores, vida, drama, movimiento y configuración de identidades. Los autores adscriben aquí el concepto de “clase social” y, al hacerlo, vemos que no lo hacen desde la perspectiva de la dialéctica marxista, sino más bien desde una opción analítica. Con su interés puesto a sacar a la luz la relevancia del “sujeto popular”, sin la mediación de los narradores de todo tipo que hablan acerca del pueblo, Pinto logra un equilibrio entre una opción crítica personal respecto de la historiografía tradicional y una escritura que no es de combate.

Historia incompleta

Sergio Villalobos R.

El Mercurio, Artes y Letras, 16 de mayo de 1999

La señora María Angélica Illanes, buena estudiosa e investigadora de nuestra historia, ha comentado en estas páginas el primer tomo de la *Historia contemporánea de Chile* de los profesores Gabriel Salazar y Julio Pinto, autores de indudable mérito y que cuentan con un sector de admiradores entusiastas.

Con bastante claridad y sin gran acopio de palabras raras, la señora Illanes ha expuesto la visión histórica, a la vez que

ideológica, de los autores, que es más sistemática e inflexible en Salazar. Se trata, en resumidas cuentas, de hacer una “historia popular”, en que el gran protagonista del pasado –y quizás del presente– es la masa de nivel modesto, lo que se ha designado como el “bajo pueblo”, denominación que no gusta a Salazar. Ella constituiría el sujeto esencial, que con su esfuerzo y sacrificio se sitúa en la base del trayecto histórico y libra, al mismo tiempo, una batalla

consciente para participar en forma determinante en el destino de la sociedad.

Ese punto de vista es planteado en contraposición a una visión histórica tradicional que ha puesto el énfasis en los altos sectores, las élites, la clase política y los gobernantes, esto es, la aristocracia, la burguesía, la oligarquía o como quiera llamársela.

Esa dicotomía, sostenida por el marxismo y hoy día por su remanente, extrema las cosas desde una teorización que no quiere ver la realidad y se aferra a los restos de su naufragio político y conceptual.

Es indudable que el bajo pueblo ha merecido una escasa o equivocada preocupación en las viejas historias y es necesario estudiarlo en las diversas esferas de su vida, porque es uno de los actores importantes. Su esfuerzo en la creación de la riqueza, la sujeción a variados sistemas de trabajo, la desigual participación en los beneficios, los márgenes de miseria, la toma de conciencia y las luchas, su brega política y sus manifestaciones culturales, son temas que no pueden ser desestimados.

Distinto es, sin embargo, conferirle el papel de gran sujeto de la historia.

En el reverso, no puede ignorarse el papel fundamental de las élites como grandes conductoras de la sociedad, no solamente desde el gobierno, sino también en la economía, la cultura y donde quiera se dirija la vista. Es la clase que ahorra, forma capitales e invierte. También dilapida. Posee la cultura superior, conoce la ciencia y la técnica y, en suma, tiene aptitud para ejercer el liderazgo general y el específico en cada actividad.

En la perspectiva histórica de Chile, el papel de las élites ha sido determinante. Su ejercicio del poder político y del poder social contribuyó poderosamente en la estructuración de la nación, guiando sus pasos a través del Estado que, desde el siglo

XIX intervino la economía y propendió al desarrollo de la cultura.

Resulta innecesario referirse una vez más a los grupos de pioneros que incorporaron de manera efectiva los territorios del norte, del sur y de la región austral; a los empresarios que de manera audaz, arriesgando sus capitales y su tranquilidad, promovieron la minería, la industria, la banca, los ferrocarriles y las obras de regadío.

La influencia social se ejerció de manera principal mediante la educación, basada en el estado docente en su triple sentido de unificador del ser nacional, liberador del pensamiento y promotor del ascenso social.

Agreguemos que en el conjunto del país los sectores de nivel medio y modesto experimentaron una mejoría en sus condiciones de vida a causa de la expansión de la empresa privada, la ampliación de las funciones del Estado y, como ya indicamos, la mayor preparación educacional. Esos hechos son evidentes en el ascenso de la clase media; pero también en la mejor situación del proletariado. Pensemos cómo era en los comienzos de la república la existencia de los obreros mineros, pirquineros y apires, que no tenían más salario que unos cuantos pesos a la semana, más un poco de charqui, porotos y harina, en comparación con los obreros de las grandes minas de cobre desde los inicios del siglo XX. Estos últimos tenían mayores ingresos, vivienda, beneficios diversos, previsión social, hospitales, escuelas y organizaciones sindicales.

No pretendamos desconocer que el sistema se desenvolvía entre fuertes contradicciones, que los obreros no calificados obtuvieron mucho menos ventajas y que la lucha fue dura y en ocasiones trágica. Únicamente deseamos señalar el liderazgo de las élites en el desenvolvimiento general del país, inútilmente desdeñado por doctrinas extremas en el análisis histórico.

Preguntémonos quién construyó el viaducto del Malleco. ¿Fueron los obreros creadores de la “plusvalía”, los técnicos, los ingenieros o los gobernantes? Ahí estuvo la decisión de estadistas ilustrados y progresistas, el proyecto y cálculo de los ingenieros, la diligencia de técnicos bien preparados y la mano de obra que debió ser disciplinada y capacitada.

Todos contribuyeron, pero es indudable que los elementos superiores jugaron el papel fundamental. Las élites trazaban políticas y planes y dirigían su realización. Más abajo, los obreros tenían su parte anónima y silenciosa, que no puede ser ignorada.

Creemos que desconocer la gran tarea de las élites es dejar la historia sin osamenta, convertirla en una masa informe carente de figura nítida. También lo es prescindir del bajo pueblo y de la clase media, como ha ocurrido en la historiografía tradicional.

Según deducimos de lo expuesto por María Angélica Illanes, Salazar estaría planteando que el sujeto verdadero de la historia sería el bajo pueblo y ello permitiría prescindir, en esencia, de los altos sectores sociales, como explicación del acontecer.

A veces me resisto a creer que ese sea efectivamente el planteamiento, porque me parece inverosímil. En caso de que así

fuese, Gabriel Salazar estaría empobreciendo la historia.

Debo confesar que me he valido del comentario de la profesora Illanes porque el primer tomo de la *Historia contemporánea de Chile* me resulta incomprensible por las categorías que se manejan y la forma de expresarse. Avanzo a razón de cuatro páginas por hora y temo que el esfuerzo me deje exhausto. La construcción de la frase, el lenguaje para iniciados y el discurrir por lo abstracto de lo más abstracto, que en cada párrafo puede ser interpretado de diversas maneras, hace de la lectura una confusión angustiante.

El problema es general. Los nuevos investigadores y otros que no lo son tanto, se han convertido en “técnicos monográficos” que ahondan en sus temas y conviven sólo con sus similares, exhiben un lenguaje abstracto y se felicitan mutuamente. En gran parte la explicación está en la falta de cultura humanística y la obsesión por parecer altamente elaborado. Falta una actitud muy sencilla: en lugar de escribir para sí mismo, ponerse en la situación del lector.

La menor importancia que tiene hoy día la historia entre las otras disciplinas intelectuales y en la vida nacional, se debe a la incapacidad para llegar al gran público. Digamos, como los periodistas, que aquello que no se difunde, no existe.

La transformación del historiador *Sergio Villalobos*

María Angélica Illanes.
El Mercurio, Artes y Letras, 6 de junio de 1999

El notable historiador Sergio Villalobos se ha pronunciado críticamente a través de *Artes y Letras*, respecto al libro de Julio Pinto y Gabriel Salazar, *Historia contemporánea de Chile*, editado recientemente por la editorial LOM. Nadie mejor que los autores para asumir la defensa de su propia obra; no obstante, creo necesario pronunciarme brevemente al respecto por el hecho de que el profesor Villalobos, tal como él lo dice, argumenta a partir de un texto superpuesto a dicha obra, cual fue mi presentación a la misma realizada en la Biblioteca Nacional, parte de la cual fue publicada por *Artes y Letras*.

Tengo gran respeto y admiración por el profesor Villalobos, pero creo que él ha hecho una lectura que no corresponde a los conceptos expuestos en mi presentación al texto de Pinto y Salazar, lo cual tiende a distorsionar el trabajo de estos autores. Mientras Villalobos insiste en que el actor principal de esta historia es el "bajo pueblo", allí dejo claramente establecido que Salazar ha ampliado este concepto al de "ciudadano", con el objeto de dar cabida en el análisis a una sociedad más compleja. Un ciudadano que, lejos de toda abstracción, se define en la encarnación y concreción histórica de su vivir y de su hacer en pos de una dignidad personal y colectiva: destino que se juega en torno a una lucha histórica por una distribución equitativa del poder. Lejano está este texto de cualquier "purismo" de "bajo pueblo"; al contrario, en la presentación decimos que a este ciudadano concreto se le trata interactuando

con las estructuras sociales y políticas, en especial con la denominada "clase política", a la que se pone críticamente en cuestión.

Pero lo que llama especialmente la atención en la crítica del profesor Villalobos – y que sin duda a los ojos de muchos constituye una novedad – es la postura elitista que asume de la historia. Preocupándose sin duda por la acción de los diversos agentes históricos, tras la visión de Villalobos percibimos un esquema que podríamos calificar de "mecanicista", en el cual se traza el dibujo de la sociedad como un sistema solar, en el cual todos los actores giran, centrípetamente, en torno al sol de las élites, las que encarnan el sujeto por excelencia, el verbo, la luz, la creación. Todos los demás entes históricos quedan supeditados a su voluntad y, por lo tanto, carecen de sujeto propio o autónomo.

Discrepo de esta perspectiva y no por resabios de una determinada ideología, sino porque no tiene asidero real en la historia social. No hay duda de que el poder ha estado muy desigualmente distribuido en la historia y su concentración en unas pocas manos es lo que define justamente a las élites. No obstante, eso no quiere decir que otros sectores y, especialmente los sectores populares, a pesar de los permanentes despojos que sufren de su poder, no lo posean. Estos sectores no son autómatas que circulan por gravedad en torno a las élites. Ninguna de aquellas conquistas sociales que menciona el profesor Villalobos

fueron inspiración e iniciativa de la luz propia de la “estrella-elitaria”, sino fruto de la voz de un sujeto social que reclamó la ciudadanía de su derecho a una vida más digna. Es justamente esta voz, esta demanda la que define su propio sujeto, en vista de la permanente restitución de sus poderes.

La historia no se articula ni mueve a través del juego de piezas ordenadas rígidamente; ella lo hace sobre la base de un juego de poderes que se mueven en direcciones distintas en busca de su hegemonía. Los sectores populares son también entes de

poder, sujetos políticos que entran a jugar decididamente en esta lucha por la distribución histórica del poder.

Vivimos un momento especial de lucha entre los distintos discursos historiográficos. Sería lamentable que el del historiador Villalobos –quien recuerdo que una vez dijo “de la dictadura nada quedaría”– viniera a alimentar con su visión de la “elite mandante de la historia”, ese discurso histórico oficialista, derechista y militarista que hoy se reconstruye en Chile.

Sobre unas críticas indirectas a la “Historia contemporánea de Chile”

Gabriel Salazar

El Mercurio. Artes y Letras, 6 de junio de 1999

El domingo 16 de mayo, en la sección *Artes y Letras* de este periódico, se publicó una serie de observaciones críticas que el historiador Sergio Villalobos endilgó a los “comentarios” que la Doctora en Historia (c), María Angélica Illanes, expuso con ocasión del lanzamiento del libro *Historia contemporánea de Chile* de los historiadores Julio Pinto y Gabriel Salazar; los que fueron publicados por el mismo periódico en su edición del domingo 9 de mayo. Utilizando el texto de la doctora Illanes como pivote o frontón, el profesor Villalobos criticó la concepción histórica que, supuestamente, inspira a dichos autores y a su más reciente libro.

A este respecto, creo necesario puntualizar lo que sigue:

1. Tanto el conocimiento histórico como cualquiera otra forma de conocimiento se construye desde la posición en la que se sitúa, concretamente, el sujeto cognoscente, cualquiera sea el desarrollo intelectual de éste. No existe en este mundo una posición privilegiada para conocer –por ejemplo, algo así como una “posición Dios”–, como no sea la situación real, específica y cotidiana desde donde se realiza de hecho la investigación o la reflexión. La realidad puede, por eso, ser “legítimamente” conocida tanto desde la mirada de un aristócrata o de un alto oficial o empresario, como desde la mirada de un ser común y corriente o pobre o marginal. Los oficiales del Ejército pueden reunirse –como lo han hecho– para escribir

la Historia de Chile desde “su” particular posición, y nadie puede negarles su derecho a hacer eso. Los pobladores de La Legua o del Campamento Esperanza Andina de Peñalolén pueden reunirse también –como también lo han hecho– para evocar, investigar, publicar y comentar la Historia de Chile desde “su” perspectiva particular, y nadie puede negar la legitimidad de su punto de vista. La Historia de Chile “tradicional” –reconocida como tal por el profesor Villalobos– ha sido escrita por numerosos historiadores “para” y “desde” las élites de este país, y nadie discute a esos historiadores su deslizamiento subjetivo hacia esa perspectiva particular y no, por ejemplo, hacia la de los pobres o de la gran masa ciudadana. Porque un cientista social “puede” –y a veces, éticamente, “debe”– situarse en una u otra posición, y a menudo optar por posiciones no-tradicionales y no-oligárquicas ni elitistas. Ha de tenerse presente que las definiciones neokantianas y positivistas de la Historia y demás Ciencias Sociales ha mucho ya que están colapsadas. Las verdades generales y totales no existen. El trabajo actual del cientista social es operar y desarrollar el conjunto dialéctico de verdades posicionales, sin autohipnotizarse con supuestas verdades absolutas.

2. En nuestro caso, nos hemos sentido inclinados a situarnos en la perspectiva de la mayoría ciudadana, en la que han convivido históricamente –durante siglos– tanto los pobres y excluidos como los ciudadanos rasos de carne y hueso. ¿Por qué esta opción? Primero, porque los pobres y excluidos –que desde que Chile es Chile han fluctuado entre 40 y 60% de la población total –son los que necesitaban luchar por su integración a la vida moderna, por la equidad distributiva y por una plena participación en las decisiones públicas que les

afectan; es decir, porque necesitaban, históricamente, humanizar la sociedad, profunda e integralmente y no epidérmicamente, como humanizar ha sido hasta hoy. Segundo, porque los ciudadanos rasos de carne y hueso –que han sido tratados, desde 1833, como comparsas de individuos cuyo voto puede ser manipulado de distintos modos– sustentan la soberanía y la legitimidad, necesitando, por lo tanto, históricamente, luchar por una democracia real, social y participativa. Hemos elegido esta posición porque nos interesa, precisamente, el sentido humano de la historia y la legitimidad del poder. Y porque no nos interesa tanto el (limitado) progreso material impulsado hasta hoy por las “élites conductoras” (viaductos, carreteras, packings, malls, etc.), sino el subproducto social acumulado por esa conducción: la pobreza material y ciudadana, y el modo como los afectados por esa doble pobreza intentan e intentarán liberarse históricamente de esa condición. La Historia, creemos, debe centrarse en el sentido de lo humano y en la suerte que corren, por tanto, la legitimidad y la soberanía cívicas –expresiones de lo humano como poder–; lo que implica conocer todas las posiciones involucradas en esa suerte.

3. Ha sido propio de la Historia tradicional ignorar, rechazar y aun desprestigiar sardónicamente los esfuerzos académicos realizados para asumir consistentemente el locus epistémico del verdadero humanismo, de la legitimidad y de la auténtica soberanía. En ese empeño los historiadores tradicionales han incurrido, a menudo, en un militantismo oligarquista más simplista y torpe que el “empobrecimiento de la Historia” que atribuyen –por lo común, sin mucho estudio– a los que realmente quieren su humanización. Y se han precipitado a etiquetarlos antes que a estudiarlos y

analizarlos. En el siglo pasado se les motejó de anarquistas y rojos; en éste, de subversivos, marxistas, ideologistas o –más cómodamente, de “comunistas”–, demostrando de paso, una pobre erudición sobre lo que genéricamente se reconoce como “teoría del cambio social”. Es un lástima que el profesor Villalobos (que tuvo “un sector de admiradores entusiastas”), tras las opciones expuestas en su *Historia del Pueblo chileno*, se haya instalado, al parecer definitivamente, en las troneras de aquellos que miran por el ojo de “los altos sectores, las élites... la aristocracia, la burguesía, la oligarquía o como quiera llamársela” (como él mismo dice). Que se sitúe en el mismo anaquel que F. A. Encina, A. Edwards, J. Eyzaguirre, M. Góngora, G. Vidal, A. Jocelyn-Holt y otros. Que no pueda leer con suficiente velocidad los conceptos con que hoy se definen y debaten los problemas del mundo contemporáneo –que, desde la globalización de Chile, tienen plena validez para reflexionar sobre nuestra historia– y que le resultó más cómodo debatir en carambolas: criticando el comentario de la doctora Illanes para criticar el libro de Pinto y Salazar, y perforar, por fin, su verdadero blanco: los esfuerzos de los pobres y ciudadanos para revertir la “frustrante” (A. Pinto) historia de los llamados conductores de este país.

4. ¿Qué Historia necesita hoy la sociedad civil chilena? ¿Qué Historia están demandando esos jóvenes que no se ins-

criben en los registros electorales, los inscritos que votan en blanco, o anulan, o votan “alternativo”, y que suman ya más de 50% del electorado nacional? ¿Cómo alimentar la memoria social de la “baja” sociedad civil chilena, que hoy está demostrando alta incredulidad en las “historias oficiales”, en los discursos triunfalistas y en la capacidad y civismo de las élites dirigentes? ¿Qué Historia de Chile contarles a todos esos pobladores y mujeres que prefieren investigar y escribir su propia versión de la Historia, y que están creyendo más a su memoria que a las versiones ilustradas? ¿Bastará con editar de nuevo a Barros Arana, Toribio Medina, Edwards o multiplicar los fascículos de Gonzalo Vial? ¿Será suficiente que el Ejército publique “otra” crónica de sus gestas heroicas, a más de las que ya le ha ofrendado la Historia tradicional? Todo indica que la ciudadanía chilena necesita conocer, no una o “la” versión neokantiana de su historia, sino algo tan variado, multifacético, plural y democrático como es ella en sí misma. Necesita recorrer todas las “posiciones” posibles, porque su verdadera unidad e integración se logra y logrará sólo cuando integre toda su diversidad dentro de un proyecto legítimo y soberano de humanización, y no a través de poderes fácticos que reprimen a la mitad de la ciudadanía para, en el fondo, tratar de seguir alucinando a medio Chile con la dudosa monserga de la supremacía innata de las élites.

Vientos variables en la historia

Sergio Villalobos R.

El Mercurio, Artes y Letras, 20 de junio de 1999

¿Quién se equivoca?

Los alcances formulados por la señora Illanes parten de una afirmación inquietante: yo no habría entendido cuál es el sujeto histórico planteado por Gabriel Salazar. A mi juicio, en el pensamiento de este investigador sería el “bajo pueblo”, en contraposición a los altos sectores, las élites, la clase política y los gobernantes. Así lo he deducido del escrito de la señora Illanes, que en forma un tanto equivocada expuso que se trataría del “hombre y la mujer concretos que han hecho la historia nuestra”. Según esa frase, en que sólo he corregido la sintaxis, habría otros tipos que no son concretos: quizás los estadistas, los pensadores, los empresarios, etc. Por lo tanto, no serían sujetos de la historia. Yo creo, sin embargo, que todos son concretos y eficaces.

Más adelante, la señora Illanes menciona al “ciudadano de base” como protagonista de la historia, de donde deducimos una vez más, que los de más arriba no son protagonistas.

La tendencia de la autora se marca con una hermosa referencia a *Los trabajos y los días* de Hesíodo. Si pensamos que el célebre poeta y filósofo de la antigua Grecia fue en su niñez un pobre niño pastor y que en parte de su obra, al alabar el trabajo y sus virtudes en contacto con la naturaleza, se refirió de manera ejemplar a los campesinos sudorosos y encorvados sobre la tierra, se nos completa la imagen del nivel al que desea conducirnos la señora Illanes.

Las excelentes investigaciones del profesor Salazar y de la señora Illanes tienen

claramente también, ese sentido. Salazar en *Labradores, peones y proletarios* habla de los hombres y mujeres de base y declara que el pueblo es la parte de la nación que detenta el poder histórico.

Deseo dejar en claro que el aporte objetivo de ambos estudios me ha parecido siempre muy meritorio. Solamente no estoy de acuerdo con su interpretación extrema.

Cambios en el historiador

Vuelvo a leer la Introducción en el tomo I de mi *Historia del pueblo chileno*, escrita en 1980, hace diecinueve años. Temo haber traicionado mi visión de la historia o haber caído en alguna inconsecuencia. Terminé de leerla y al fin me quedo tranquilo. Sigo pensando igual.

En aquellos lejanos días señalé lo que debía ser una “historia de los grandes procesos”, que incluyese todos los elementos del acontecer, marcando alguna preferencia por el económico y el social, dentro de un concepto de historia de lo masivo y anónimo. Ahí debían estar incluidos todos los sujetos del pasado: mineros y campesinos, indígenas, empleados, oficinistas, profesionales, intelectuales y políticos, también los capitalistas y los miembros de todas las élites. Reducía en su importancia a los grandes personajes, sin hacerlos desaparecer de ninguna manera, y hablaba del campo de la cultura, las ideas y hasta de las mentalidades, que luego se pondría de moda. Ningún sector social ni materia alguna podía dejarse de lado.

Consecuentemente con ese planteamiento, en los sucesivos tomos de la *Historia del pueblo chileno* me referí a todos los sectores sociales. Mis textos escolares, dentro de su simplicidad, son también una buena prueba. En ellos se encuentra la realidad del bajo pueblo, sus luchas y las fuertes contradicciones sociales hasta los episodios trágicos provocados por el sistema liberal.

Llevado del interés por la élite económica, escribí *Origen y ascenso de la burguesía chilena*, enfocando tanto su papel fundamental en el desenvolvimiento económico como su decadencia y su ceguera ante los problemas sociales. La dominación, el abuso y la explotación los he tenido en cuenta y sigo considerándolos; pero no hago de ellos la trama determinante de la historia.

Posición del historiador

No cabe la menor duda de que el historiador actúa según su "circunstancia" y que escoge a su gusto el tema que investiga. Así, alguien puede tratar la economía del siglo XVIII, el romanticismo en Argentina o el bajo pueblo en Chile; pero no tiene por qué atribuir a su materia el papel rector de la historia. En cada caso el estudioso será un buen especialista y no debería encerrarse en su ámbito. La historia general o la historia sin más, obliga a superar todos los encierros y meditar el conjunto sin obsesiones.

El profesor Salazar señala que es legítimo que cada clase o grupo social sea estudiado por quien tenga afinidad con ellos y más aún, que colectivamente elaboren su visión del propio pasado, como se ha hecho en la población La Legua.

Sin descartar que ello es posible, excepto en el último caso, por último es el historiador general el que sintetiza los resultados y los pasa por el tamiz de la crítica para

dar a cada uno lo suyo.

Respecto del caso de La Legua, Salazar cae en una falla del método, porque el testimonio de sus pobladores no es historia, sino una fuente que el historiador podría utilizar junto con muchas otras fuentes. Entendamos que los pobladores no son sujetos cognoscentes, sino objeto de estudio. Sus informaciones y opiniones suelen ser dignas de estudio. Personalmente he patrocinado trabajos de ese tipo y he dirigido tesis con esa base.

Vamos a otro punto. Pensar que no hay verdad absoluta y que caben todas las interpretaciones de la realidad humana conforme la posición del intelectual, es caer en un historicismo a ultranza, cuyo relativismo impide ponerse de acuerdo en nada. De ahí al nihilismo mental y al escepticismo sobre la posibilidad de conocer no hay más que un paso.

Si cada uno piensa y volara a su gusto, no pretendamos hacer ciencia. Simplemente defendamos nuestra posición con dureza. Comenzar negando la existencia de verdades absolutas que nos guíen es abrir el camino a todas las arbitrariedades imaginables, y, en definitiva, sustentar que no hay más razón que la de cada uno y llegar de ese modo a la dureza más extrema.

Beneficios del cambio

Confieso que soy culpable de haber experimentado algunos cambios durante mi vida historiográfica. Formado en la tradición de la historiografía nacional, a poco andar fui contagiado por las ciencias sociales, el estructuralismo y la escuela de los *Annales* de Francia. Surgió de esas influencias mi idea de la "historia de los grandes procesos"; pero el contagio no fue grave. Nunca dejé de ponderar las cosas por mí mismo, y el resultado fue una propia visión de la historia, para la cual no reclamo una gran originalidad.

Posteriormente, esa visión no ha cambiado en lo esencial. Sigo pensando en las estructuras fundamentales y sus variaciones, que componen el cuadro total, y únicamente he marcado uno que otro énfasis.

Con todo, no me parece que las variaciones de pensamiento sean indeseables en un intelectual y en ninguna persona, porque las experiencias individuales y colectivas influyen en la apreciación de los hechos. Hoy día vemos de manera abrumadora cómo en el común de la gente, en los estudiosos y en los políticos, la valoración del estatismo y de la economía dirigida ha cedido frente al liberalismo y la libre empresa, no obstante las fallas que subsisten. Ello ha ocurrido porque nadie es ciego y los resultados están a la vista.

Esa experiencia obliga al historiador a apreciar de manera un tanto diferente fenómenos como el liberalismo del siglo

XIX, las políticas estatistas a mediados del siglo XX, el estado benefactor, el gobierno de Jorge Alessandri y tantos otros fenómenos.

Los hechos que vivimos nos enriquecen y de esa manera se modifica nuestra mirada sobre el pasado.

En esa perspectiva, los cambios en la interpretación histórica son convenientes—son parte de la dialéctica—porque aunque estemos atiborrados de teoría, los hechos se imponen por sí mismos. Estimo, por ejemplo, que el derrumbe espectacular del marxismo ha sido un fenómeno que, influyendo en todo el mundo, ha obligado a repensar problemas fundamentales del hombre y a mirar la historia con nuevos ojos.

Permanecer en actitudes conservadoras y nostálgicas no conduce a nada. Es morir lentamente.

Saber histórico o discurso ideológico

Rodrigo Ahumada

El Mercurio, Artes y Letras, 27 de junio de 1999

La obra de los profesores Gabriel Salazar y Julio Pinto, *Historia contemporánea de Chile*, importa no sólo al especialista en historia de Chile, sino también a todo historiador, cientista social y filósofo, preocupado por la cuestión del estatuto del saber histórico y su lugar propio en el ámbito de los saberes o ciencias sociales. Importa sobre todo, porque lo que está en juego en esta obra es la posibilidad misma de la historia, de constituirse en un saber riguroso capaz de alcanzar un "optimum de verdad" (H.I. Marrou).

En efecto, una lectura atenta de esta obra hace inevitable la siguiente pregunta: ¿Nos encontramos ante un trabajo propiamente historiográfico o nos encontramos más bien ante un discurso que 'utiliza' la historia para 'probar' un conjunto de tesis ideológicas previamente aceptadas? Después de analizar el texto detalladamente, no nos cabe la menor duda. Se trata de un proyecto ideológico-historiográfico de una clara inspiración hegeliano-marxista. Indudablemente, se trata de un marxismo mucho más 'refinado' que el postulado por el escritor

argentino Luis Vitale en su *Interpretación marxista de la Historia de Chile*.

Una consideración detallada de la "Introducción General" del libro muestra con claridad cuáles son los principios teóricos y los supuestos epistemológicos sobre los que reposa esta *Historia de Chile*, y que explican con nitidez por qué afirmamos que nos encontramos ante un proyecto intelectual de corte ideológico-historiográfico. A este respecto escriben los autores en la presentación general de su obra:

"Esta Historia quiere asumir los problemas históricos de Chile desde la urgencia reflexiva del ciudadano corriente. Es éste —por ello— el sujeto, actor y destinatario principal de este estudio. Los problemas se han querido percibir y reconstruir desde su perspectiva. En cierto modo, es una historia mirada 'desde abajo'; pero no desde la 'marginalidad', porque el ciudadano, en una sociedad, no es ni puede ser periférico a nada que ocurra en ella. Pues tiene el máximo derecho: la *soberanía*; que es el máximo 'derecho humano'. La máxima legitimidad que puede hallarse en la historia. Ante ella, todo se inclina: los héroes, los políticos, el Estado, el Mercado, los mitos. La mirada del ciudadano constituye el *único estrado* desde donde los hechos y los procesos históricos no sólo se pueden 'investigar' en su condición de verdad (tarea de los historiadores), sino también, legítimamente 'juzgar' y 'utilizar'. No juzgar para condenar y/o glorificar, ni utilizar para ignorar su objetividad, un nivel superior. Que es —o debería ser— la responsabilidad histórica permanente de todo ciudadano formado con conciencia republicana. Esta Historia está escrita por historiadores, pero intenta, por lo dicho, situarse en la perspectiva reflexiva y 'procesal' de los ciudadanos chilenos".

Una cuestión que surge casi espontáneamente de la lectura del párrafo citado es la siguiente: ¿Se puede afirmar en rigor

que la mirada del ciudadano constituye *el único estrado* donde los hechos y procesos históricos no sólo se pueden "investigar" en su condición de verdad, sino también, legítimamente, "juzgar" y "utilizar"? Esto es lo que Salazar y Pinto llaman "una historia mirada 'desde bajo' ". Ahora bien, si se asume este postulado, el saber histórico queda enteramente "hipotecado" por esta suerte de óptica ideológica de producción historiográfica.

Por otro lado, ¿cómo se puede conciliar esta afirmación con la búsqueda legítima de objetividad (sabiendo que el saber histórico tiene un tipo peculiar de objetividad) presente en todo historiador honesto intelectualmente? ¿Quién le garantiza al historiador que esta situación es el "estrado" preciso y adecuado para leer correctamente los eventos y procesos históricos? ¿Quién les puede garantizar a Salazar y Pinto que ellos han recibido una suerte de *don* especial para tener la capacidad "intelectual" de captar la "mirada" del ciudadano? Por otro lado, en esta historia escrita "desde abajo" ¿quién es realmente "ciudadano" y quién no? En esta historia ¿son todos los miembros de la sociedad "ciudadanos" o solamente una clase social determinada? ¿Quién es el sujeto, actor o protagonista de la historia?

Para estos autores, particularmente Gabriel Salazar, el "ciudadano", quien aparece como el sujeto histórico por excelencia, en oposición a las "élites", se identifica pura y simplemente con el "ciudadano de base" o con la "baja ciudadanía". En otras palabras, el concepto de 'ciudadano' viene a ser un adecuado e instrumental sustituto, pero tan sólo nominal, de la noción de "bajo pueblo". Es preciso recordar, que el proyecto historiográfico de este historiador marxista o neomarxista ha sido habitualmente el escribir una historia "desde adentro y desde abajo", lo que obliga al

historiador, según lo señalado por él en otras obras, a “sumergirse de lleno” en la “historicidad significativa” de las “masas alienadas”.

Ahora bien, en este horizonte teórico planteado por Salazar (y en cierto sentido por Pinto) como “condición de verdad”, ¿qué ocurre con obras de historiadores destacados, que han publicado trabajos de incontestable valor histórico sobre la historia de nuestro país, como Mario Góngora, Rolando Mellafe, René Millar o Gonzalo Vial, y que sin embargo, no han proclamado que pretenden escribir desde “algún estrado” determinado o preciso, sino fundamentalmente desde las exigencias propias de su objeto de estudio o sujeto de investigación?

Lo que Salazar y Pinto parecen desconocer fundamentalmente en cada página de su obra, es la cuestión fundamental de la naturaleza y funciones del saber histórico. El primero, con su curiosa “politología historiográfica”, y el segundo, con su “sociologismo histórico”, dejan al lector, sea este historiador o no, con la sensación de que la historia es una suerte de *melting pot* o amalgama, en la cual es imposible diferenciar lo que pertenece propiamente al trabajo del historiador y lo que corresponde más bien a la tarea de los científicos sociales. Como diría Francois Dosse, lo que tenemos aquí es, entre otras cosas, una “historia en migas”.

En el mismo sentido, resulta paradójico, tratándose de historiadores, que las nociones de “ciudadano” y de “ciudadanía”, se presenten en el párrafo que estamos analizando, como en el conjunto de la obra, particularmente el primer volumen, como categorías que poseen un carácter “metafísico” (lo que nos recuerda la teoría de las clases sociales formulada por Marx), y no propiamente histórico. Lo mismo ocurre con otros conceptos esenciales en esta obra. Tal es el caso de la noción de Estado, la

cual es desarrollada desde las perspectivas formales más diversas, hasta los enfoques teóricos más heterogéneos, confundiendo la muchas veces con la noción de sociedad.

Esta claro, que el historiador hace uso generalmente del importante aporte de diversas disciplinas auxiliares, o de las ciencias sociales para una comprensión más adecuada de su objeto de estudio. El problema reside en que en esta obra la perspectiva histórica no aflora nunca con claridad. De este modo, las diversas perspectivas, y los variados enfoques no desembocan en una clara síntesis historiográfica. Todo lo contrario, lo que se configura es un mosaico de fragmentos heteróclitos, tomados de doctrinas y teorías muchas veces inconciliables. Esto conduce a un claro empobrecimiento del libro, por cuanto el lector queda abandonado en una especie de “libre examen interpretativo”, produciéndose una clara hermeneutización ideológica de la historia de Chile.

En este sentido, cuando los autores afirman que el “ciudadano corriente”, tiene el “máximo derecho”, es decir “la soberanía”, que según ellos sería “el máximo ‘derecho humano’”, al mismo tiempo que “la máxima legitimidad que puede hallarse en la historia”, no se están refiriendo a un hecho que se funde en un dato “científico” o histórico (o sociológico) bien preciso. En el caso de la historia este dato no es otra cosa que el documento, a partir del cual, y al interior del cual, el historiador constituye los hechos. En el caso de esta obra, la función del historiador no consiste en constituir los hechos sino en construirlos desde su propio paradigma ideológico. Esto implica una relectura de las fuentes, y a través de ella del pasado, desde el criterio fundamental de la praxis del “ciudadano corriente”, o “desde los más modestos”.

De este modo, la tarea esencial de la historia consiste en ser un catalizador, para que estos “actores” puedan asumir la historia

como “sujetos de ella”, “como ciudadanos protagónicos, integrales, de máxima dignidad y creciente poder, impulsados por la responsabilidad de resolver ‘soberanamente’ los problemas de su propia historia”, lo que Salazar llama la “teoría del cambio social”, que no es otra cosa que la vieja praxis marxista de los grupos populares, en la óptica esencial de la posesión del poder.

Por otro lado, afirmar que el derecho a la soberanía es el “máximo ‘derecho humano’”, es desde todo punto de vista sencillamente una falacia. El máximo “derecho humano” es el derecho a la vida, desde su concepción hasta la muerte. De este derecho se desprenden todos los demás. Supongamos hipotéticamente que los autores están pensando exclusivamente en los derechos del ciudadano. En este caso, también es una falacia sostener que el máximo derecho es el derecho a la soberanía. Lo que prima en este orden, que es el orden del bien común, es el derecho a ser libre. Es curioso ver cómo en esta obra se combinan en una suerte de “cacofonía” epistemológica las afirmaciones filosóficas con las afirmaciones históricas.

Hay dos observaciones finales que quisiera hacer a propósito de esta obra o como corolario de ella. La primera observación se refiere a la relación entre el saber histórico y la función “científica” del historiador, la cual no se puede confundir con la función social del mismo. Salvo que se esté pensando en la tesis 11 de Marx sobre Feuerbach, donde el saber se identifica con la praxis revolucionaria. En este sentido, la cuestión que surge es la siguiente: ¿Es posible elaborar la historia sin el historiador? Dicho de otro modo, ¿es la historia separable del historiador? Nos referimos a la historia como conocimiento, no como realidad.

Este es uno de los grandes problemas que la lectura de la obra de Pinto y Salazar plantea. Si la historia es aquel saber que se

caracteriza esencialmente por ser, como pensaba H.I Marrou, ese “mixto indisoluble donde entran a la vez, íntimamente asociados, la realidad del pasado, sí, su realidad ‘objetiva’, verdadera, y la realidad presente del pensamiento activo del historiador que busca encontrar la primera”. Entonces, la historia es siempre inseparable del historiador. Esto no quiere decir, en ningún caso, que el historiador construye arbitrariamente la historia, por cuanto ella siempre se elabora desde y al interior de los documentos, que son el nexo objetivo entre el presente del historiador y el pasado humano que éste considera.

En el caso de la *Historia de Chile* de Salazar y Pinto, la obra activa del historiador en cuanto historiador se encuentra enteramente eclipsada. Dicho de otro modo, en estos historiadores, el pensamiento histórico ha cedido inexorablemente su lugar al pensamiento ideológico. En efecto, si “la mirada del ciudadano constituye el único estrado desde donde los hechos y procesos históricos” se investigan “en su condición de verdad (tarea de los historiadores)”, entonces ya no nos encontramos ante un historiador realizando una tarea de investigación, sino que ante un “vocero” o “dirigente” realizando una tarea política. Es decir, transformándose en una suerte de causa instrumental a través de la cual pasan las aspiraciones, ya no “científicas”, sino político-partidarias de “los ciudadanos” a los cuales se dice representar. Nótese que nuestros historiadores hablan de “un único estrado”, lo que no concuerda con lo que Salazar sostiene posteriormente en su réplica a Sergio Villalobos, donde quiere hacernos creer que el “ciudadano corriente” se constituye en una perspectiva más entre otras. Esta ambigüedad intelectual es típica en el pensamiento de este autor.

Esto no es historiografía, sino precisamente “dogmática ideológica”. En efecto, lo propio de la ideología (política), consiste

en ser una visión global (*Weltanschauung*) de la realidad, orientada esencialmente a la acción (*poiesis*), reduciendo los principios y los valores a los intereses de un grupo determinado de la sociedad. Por esta razón, es intrínseco al discurso ideológico la falsificación de la realidad, sobre todo de la política y la historia, cumpliendo una función de justificación y encubrimiento. Como ha dicho acertadamente el filósofo polaco (ex marxista), Lezek Kolakowski, la ideología se puede definir como: “la totalidad de las concepciones que sirven a un grupo social para organizar aquellos valores que son, a la vez, la conciencia mistificada de los intereses de ese grupo, y el reflejo de su actividad”.

En todos los aspectos que hemos mencionado, y en muchos más, la obra de Salazar y Pinto nos recuerda permanentemente los principios fundamentales de la concepción histórica de la historiografía marxista, formulados excepcionalmente por el historiador francés Jean Chesneaux, en su clásico de epistemología histórica: *¿Hacemos tabla rasa con el pasado? A propósito de la historia y de los historiadores* (1976). Citemos, a modo de ejemplo, solamente un párrafo de dicha obra: “En la lucha contra el orden establecido, rechazar el pasado y sus imágenes de opresión es una tendencia natural ‘¡Hagamos tabla rasa del pasado!’... Durante la revolución francesa, se decapitaron las estatuas, se destrozaban a martillazos los escudos de armas, se quemaban los árboles genealógicos y los pergaminos feudales (...) Pero el rechazo del pasado no excluye el recurso al pasado. A la versión oficial del pasado, conforme con los intereses del poder y, por lo tanto, mutilada, censurada, deformada, las masas oponen una imagen más sólida, una imagen conforme con sus aspiraciones y que refleja la riqueza real de su pasado”.

Esta es la Historia de Chile. “a tabla rasa”, que nos proponen Salazar y Pinto.

Este es el pretendido *aggiornamento* historiográfico que nos sugieren estos historiadores. Quienes aspiran a constituirse en el punto de partida, o “momento fundacional” de una “nueva” y “verdadera” historia (como si el discurso historiográfico fuese un discurso mitológico). Esta, indudablemente, no es la historia del cambio social que quiere hacernos creer ingenuamente Salazar. Todo lo contrario, esta es la historia del freno y del retroceso social. Para quienes contemplamos la caída del muro, y con él, la de todos los muros que han destruido la dignidad inviolable de la persona humana y que han oscurecido el auténtico significado y sentido de lo humano, que no pasa primeramente por la soberanía sino por la libertad (ontológicamente, psicológica y moral), resulta paradójal, que se pretenda “utilizar” la historia como un “conjunto de ladrillos”, para edificar nuevamente el muro de la ideología militante.

Por esta razón, entre muchas otras, ante la pregunta formulada por Salazar en su réplica a las observaciones críticas de Villalobos, sobre, “¿qué historia necesita hoy día la sociedad civil chilena?”, es preciso responder sin ambages, que en ningún caso la “historia ideológica y añeja de Salazar y Pinto” y esto por dos argumentos esenciales. En primer término, porque ella representa una manera bastante inferior de interpretar y escribir la historia: una historia como sistema cerrado y autorreferente. En este horizonte, los acontecimientos y los procesos históricos ya no son considerados en sí mismos o por sí mismos (*conditio sine qua non* del rigor). Al contrario, los acontecimientos son considerados como “enquistados” en un esquema de conjunto (ideología), o una interpretación global a la cual los acontecimientos y los procesos deben servir de justificación.

En segundo término, porque esta obra ha nacido añeja. En efecto, hoy, cuando la historiografía más reciente, particularmente en

Europa, viene de vuelta, Salazar y Pinto, van de ida. Después de decenios en que las estructuras y los actores colectivos han ocupado el lugar central e indiscutido en el ámbito de la investigación y publicación histórica. Hoy día, hay un retorno progresivo al evento y a las personalidades históricas, como elementos esenciales para una comprensión integral del discurso histórico. Como nos ha recordado recientemente el importante medievalista francés, Bernard Guenée, la historia de las “estructuras” y de los “actores colectivos” esclarece el pasado humano, otorgándole una maravillosa coherencia. Sin embargo, la transforma en una realidad demasiado simple donde lo necesario termina “devorando” lo contingente. En cambio, “la historia de una vida permite comprender mejor hasta qué punto es frágil e incierto el destino de los hombres”, restituyendo la complejidad de la historia, que no es otra que la complejidad de la misma libertad en el tiempo.

La segunda observación que quiero hacer, tiene que ver con la formación de las generaciones jóvenes de historiadores. Es cierto, como ha señalado el importante historiador Sergio Villalobos, que

ellos carecen de una formulación humanística, lo que los transforma generalmente en “técnicos monográficos”, que se “felicitan mutuamente”, y yo agregaría que se citan entre sí. Pero también es cierto que ellos adolecen de una mala formación filosófica. Por esta razón no están preparados para abordar las grandes cuestiones epistemológicas que afectan hoy día a la historia y a las ciencias sociales. Y esto se nota claramente cuando se tiene la “paciencia” de leer sus trabajos. ¿Qué es la historia? ¿Es una ciencia o un tipo inteligible de pensamiento social? ¿Cuál es el objeto formal de la historia? ¿Es posible alcanzar la verdad en este campo de la inteligibilidad o el saber histórico se reduce a la formulación y refutación de hipótesis? ¿En qué consiste el trabajo del historiador? ¿Qué es un documento y cuál es su función epistemológica? ¿Qué distinción y que relación hay entre la historia y las ciencias sociales? Son cuestiones fundamentales que un historiador no puede eludir, si no quiere “hipotecar”, como ocurre con la obra de Gabriel Salazar y Julio Pinto, la objetividad a los “límites de la objetividad” de su propio saber.

Crítica histórica o añejez ideológica

Julio Pinto y Gabriel Salazar
El Mercurio, Artes y Letras, 18 de julio de 1999

En su edición del 27 de junio pasado, *Artes y Letras* publicó un escrito del profesor Rodrigo Ahumada Durán en el que intenta refutar los “principios teóricos y supuestos epistemológicos” sobre los que reposa, a su juicio,

nuestra recientemente aparecida *Historia contemporánea de Chile*. En razón de ello, hemos estimado pertinente hacernos cargo de esas refutaciones, tanto en su sentido literal como en relación a los problemas generales implícitos en ellas.

Las críticas del profesor Ahumada resumidas, son las siguientes: 1) Nuestro trabajo es “un proyecto ideológico-historiográfico de una clara inspiración hegeliano-marxista... o neomarxista”; 2) El “discurso ideológico” es una forma “intelectualmente deshonesto e ilegítima de conocer”, pues “es intrínseco al discurso ideológico la falsificación de la realidad”; 3) La falsificación ideológica de la realidad se realiza mezclando el “saber histórico puro” con el de las “ciencias sociales” y observando la realidad desde la perspectiva de un actor histórico determinado (por ejemplo, desde el “ciudadano”); 4) La honestidad historiográfica se garantiza sólo cuando se basa en documentos, en lo escrito y en el respeto irrestricto de la objetividad; 5) La “soberanía ciudadana como derecho” es un concepto ideológico o metafísico mientras no “es un hecho que se funde en un dato científico bien preciso”; 6) La teoría del cambio social “no es otra cosa que la vieja praxis marxista de los grupos populares, en la óptica esencial de la posesión del poder”, y 7) La historiografía europea “viene de vuelta de la historia de las estructuras y los actores colectivos (y va hacia la de) los eventos y las personalidades históricas”.

Al respecto, queremos señalar lo siguiente:

En primer lugar, sorprende que los detractores de nuestra *Historia contemporánea de Chile* (Sergio Villalobos y Rodrigo Ahumada) asuman la crítica académica como una acción dirigida, primero, a etiquetar a sus autores con presuntas militancias ideológico-políticas, y luego, a descalificar su trabajo con adjetivos tan peyorativos como insustanciales, sin asumir en concreto los argumentos expuestos. ¿Es que están entrando al debate teórico del 2000 tratando –todavía– de identificar y denunciar a los eventuales (o fantasmales) militantes de izquierda? Si entendemos por “ideología” una macropropuesta teórica

que se trafica como un arma política en el debate público y la lucha de masas, entonces pareciera que nuestros críticos debaten como si combatieran en la guerrilla cultural no sólo anterior a 1989 (caída del muro de Berlín), sino también previa a 1973 (caída de la Unidad Popular). Si es efectivo que el neoliberalismo trajo consigo el “crepúsculo de las ideologías” y el “fin de los conflictos estructurales” –dejando el horizonte en transparencia epistémica–, entonces, ¿por qué no debatir honestamente, sin encubrirnos con nada? Pues nada es más humorístico que luchar, hoy, al filo del siglo XXI, contra molinos de viento alucinados por el mal hábito de criticar libros que no se han leído ni bien ni completamente.

En segundo lugar, es necesario recordar que a fines del siglo XIX se hizo un gran esfuerzo para liberar las “ciencias culturales y de la vida” del objetivismo duro de las “ciencias naturales”. El ser humano –se pensó– no es pura naturaleza, y no se puede ver ni definir como un mero “fenómeno” o simple “objeto”, dado que su “diferencia específica” consiste en su carácter “nouménico” (o de “sujeto”), en su historicidad vivencial y en su sentido social de libertad. No es posible “describir” al ser humano como un trozo de cuarzo, sino “comprenderlo”, “vivenciarlo” o “reproyectarlo” como sujeto dotado de “espíritu” interior. Fue ésta la dirección asumida por la reflexión fundacional de la Historia, sobre todo en el caso de H. Rickert, W. Windelband, W. Dilthey, M. Weber y los filósofos de la Escuela de Frankfurt, entre otros. Con respecto a esta dirección, el arqueologismo documentalista de Leopold von Ranke, el sesgo estructuralista de la Escuela de los *Annales* y el marxismo stalinista o el althousseriano constituyeron notorias desviaciones de tipo “naturalista”. En Chile, el erudicionismo documental de Barros Arana, Toribio Medina, M. Góngora, G. Feliú, S. Villalobos, y otros, y el estructuralismo braudeliano (presente en R.

Mellafe, A. Jara, M. Carmagnani y otros) frenaron el desarrollo de una historiografía centrada en los “sujetos” y prolongaron la hegemonía positivista y estructuralista hasta cuando menos 1985. Sólo después de esa fecha –debido a la emergente centralidad de los “sujetos”, abandonados por el Estado Populista y precarizados por el Mercado Liberal– comenzaron a despuntar formas diversas de Historia Social, que, progresivamente, han hecho retroceder el positivismo naturalista de la Historia de Chile y privilegiando las metodologías cualitativas adaptadas al “sujeto” en tanto que sujeto, y no a “objetos” cosificados. El mismo cambio se está dando efectivamente en Europa, pero no para centralizar eventos y personalidades históricas (como dice el profesor Ahumada), sino sujetos sociales que, al revalorizar su propia memoria, potencian su identidad de sujeto, su calidad de “actor” y su pertenencia a “comunidades cívicas” que se proponen no dejarse cosificar por la frialdad desocializada del Mercado y del Estado actual. Es esta la dirección real de los cambios que están ocurriendo en la Historia y demás Ciencias Sociales: se focaliza de preferencia al sujeto, al ciudadano y a la sociedad civil, precisamente porque se ha añejado el protagonismo de las otrora poderosas clases sociales (ver obras de E. Hobsbawn, E. P. Thompson, A. Tourainc, N. Bobbio, E. Meloucci, J. Habermas, D. Harvey, C. Offe, P. Bourdieu, F. Guattari, A. Przeworski, y otros). Nuestra *Historia contemporánea* es la continuación natural de la Historia Social que surgió por manera espontánea en Chile en la década de los '80, en reacción a la ya obsoleta hegemonía positivista.

En tercer lugar, debemos decir que situarse en la perspectiva de los “sujetos” (en nuestro caso, de las mayorías ciudadanas) no equivale a desconsiderar las fuentes empíricas del conocimiento para dedicarse a inventar y falsificar la realidad, sino, por el contrario, equivale a incorporar más fuen-

tes empíricas, evitando naufragar por inanición en el islote de los archivos documentales (que, como todo viejo investigador sabe, aparte de ser en su mayoría estatales, no dan cuenta de los sujetos en tanto que sujetos, ni de la historicidad en tanto que vida). La nueva historia trabaja, por eso, tanto fuentes escritas como fuentes orales, con “observación” y con “participación”, en retrospección y en proyección de futuro, con individuos históricos a la par que con grupos, redes, colectivos y comunidades históricas. Hoy, todo cientista social sabe que la historicidad es multidimensional, vívida, cambiante, abierta y social, y que es absurdo definirla como algo cosificado, como un origen remoto ya fosilizado, como muerte pensando en vida, etc. Y más absurdo aún es creer que la realidad es definible por ciencia y asignatura: que es “histórica” y no “sociológica”, que es “antropológica” y no “económica”. Como si el hambre o el desempleo sólo pudiera conocerse por faceta, según disciplina, y no vivirse de lleno, integralmente. Como si los chovinismos, envidias, rencillas y escaramuzas gremiales que chisporrotean entre los intelectuales no fueran eso, sino divisiones o tensiones “objetivas” del sujeto o de la propia realidad. Asumir la realidad “por disciplinas” es equivalente a reducir la realidad a “migajas” (como dice Rodrigo Ahumada), a partículas alucinógenas de pseudo-cientificidad.

En cuarto lugar, cuando uno opta por situarse en la perspectiva de la sociedad civil o de la mayoría ciudadana (o sea, en el ojo de la soberanía nacional), ¿estamos asumiendo roles ideológicos de “vocero” o de “dirigencia político-partidaria”? La sociedad civil como sujeto de soberanía ¿es mero “partido político”? ¿Le está vedado investigar por sí misma los procesos históricos que la determinan o encargan ese estudio a las agencias académicas o a los intelectuales que ella financia? ¿Es que los problemas y las preguntas del ciudadano

no interesan ni obligan al historiador; que éste define por sí y ante sí —donde su subjetividad es soberana— lo que es científico y lo que se debe investigar? ¿Estamos hablando aún de la ciencia por la ciencia y de verdades puras clasificadas por disciplina, que sólo son útiles para sí mismas y para el currículo académico del investigador? ¿Hemos llegado al punto —como ha llegado el historiador Villalobos en su última réplica— en que se desconoce al ciudadano corriente su calidad de “sujeto cognoscente” y su estirpe de *homo sapiens*? ¿Cómo si las cosas y los sujetos tuvieran “existencia” sólo si y cuando la ciencia y los científicos tienen a bien convertirlos en “dato y concepto”?

En quinto lugar, concordamos con el profesor Ahumada en que “el máximo derecho humano es el derecho a la vida”. Sin embargo, estimamos que ese derecho es puramente metafísico y falácico si no está garantizado y protegido por una institucionalidad capaz de neutralizar y excluir los poderes fácticos. Los “datos históricos” enseñan que el derecho a la vida no vale nada ante el movimiento selvático de los más fuertes, según se ha demostrado nacional e internacionalmente respecto a la historia reciente de Chile. Como se sabe, los fabricantes armados del derecho positivo proclaman el “derecho a la vida” después de rezar el responso por los “muertos que vos matásteis”. Los derechos humanos no pueden seguir siendo invocados después de su violación, como retórica de funeral. Dejémonos de chistes de mal gusto. Es por eso que el máximo derecho humano —con real sentido histórico— es el derecho de la masa ciudadana a construir por sí misma el sistema social (o Estado) que garantice de verdad su derecho a la vida. Para eso es la soberanía. Y para eso es el poder ciudadano.

En sexto lugar, debemos decir que el “cambio social” es un tema relevante de todas las ciencias sociales, y no se reduce a

la “vieja praxis marxista de los grupos populares”. Desde 1982 estamos viviendo varios síntomas superpuestos de cambio social: el “fin de la historia”, la “crisis de la modernidad”, la “aldeización del mundo”, la “pulverización posmodernista de la cultura”, el “retorno del sujeto”, el “triumfo universal del mercado”, el “advenimiento del poscapitalismo”, etc. ¿Cómo explicar estos cambios? ¿O no son cambios, sino majaderías del “conservadurismo marxista” (como dijo S. Villalobos)? Nadie puede negar que la realidad actual es cambiante y crítica. Desatender el rasgo cambiante del mundo contemporáneo es cerrar los ojos ante la historia y desprevenirse ante los reventones sociales, étnicos y las crisis asiáticas, balcánicas o de otro tipo. Es cultivar miedo a la historia y miedo a la sociedad. Es llenar el horizonte de fantasmas rojos. El problema de la epistemología reaccionaria es que se niega a reconocer el movimiento de la realidad, tanto que éste termina saltándole al cuello por sorpresa. Y así cree que ¡todo! proviene del ideologismo y conservadurismo de “los” marxistas; por donde termina reduciendo el debate científico a una apenas disimulada “caza de brujas”. Sin comprender que el marxismo no revive en la historia por obra y gracia de los marxistas, sino por los procesos cuyo “cambio” se niegan a reconocer, o por los poderes fácticos que bloquean esos procesos, o los cambian de revés.

Por último, cabe decir que la creciente autonomía de los sujetos sociales —sobre todo de las mujeres y los jóvenes— ha repuesto el tema de la sociedad civil, la soberanía, el “empoderamiento” de las bases, la participación y la redemocratización radical de la sociedad. Temas que no pueden separarse de los problemas que aquejan hoy al mundo neoliberal: empleo precario, cesantía, inseguridad ciudadana, drogadicción, violencia intrafamiliar, desprestigio

de las clases políticas, pobreza, etc. Tras el fracaso de la regulación política y la creciente crisis de la regulación libremercada (según atestigua la seguidilla de “cumbres mundiales” convocadas desde 1988),

sólo cabe desenvolver e institucionalizar la “regulación cívica”, eje de todos los nuevos movimientos sociales del mundo de hoy.

Otoño y primavera en la historia

Sergio Villalobos R.

El Mercurio, Artes y Letras, 22 de agosto de 1999

En este ya largo debate, la profesora Illanes como el profesor Salazar denuncian en sus respuestas que me he pasado a un discurso “oficialista, derechista y militarista” y que me he situado en el mismo anaquel que F. A. Encina, Alberto Edwards, Jaime Eyzaguirre y otros historiadores conservadores. Estaría abandonando una posición que les resultaba más simpática y ello les parece insoportable. Creo, sin embargo, que no he variado la visión histórica que ya sustentaba en 1980, y quizás antes, según puede comprobarse en la introducción a mi *Historia del pueblo chileno*, a la que me remití en una réplica anterior.

Me parece que la señora Illanes y Salazar, situados en una posición irreductible, no comprenden que un investigador pueda tener un punto de vista amplio, libre, y que pondere todos los elementos sociales e ideológicos que intervienen en la historia. No sé hasta cuándo tendré que insistir que en la historia todo está presente: la aristocracia y el jornalero, la balanza comercial y el arte religioso, la ganadería y el sillón de Luis XV, etc...etc. Dentro de esa concepción, las élites tiene un papel rector, en cualquier sistema social: pero no significa que los estudios deban

reducirse a ellas ni que un investigador deba ser quemado por reconocer su importancia.

En una entrevista aparecida en *Las Noticias de Última Hora* (4-7-99) Gabriel Salazar manifiesta que se le ataca personalmente al sindicársele de marxista, ideologista y hegeliano; pero la verdad es que no es así y que únicamente, con el objeto de filiar sus ideas y hacerlas explicables, se ha aludido a esas orientaciones. El debate ha consistido, precisamente, en aclarar posiciones ideológicas en el análisis de la historia.

Por otra parte, nuestro apreciado colega cae en una inconsecuencia. Reconoce que todos los sectores sociales son protagonistas de la historia; pero en el hecho se inclina de corazón por el bajo pueblo. Sus diversas obras lo prueban hasta la saciedad y no es difícil establecer que, llevado de su sensibilidad social, hace de la historia una herramienta para la lucha política. En la entrevista concedida a *Las Noticias de Última Hora*, afirma que hace (sic) historia “con tal de que ella misma sea útil para la acción”.

Debido a su loable entusiasmo por el estudio del pasado, Salazar afirma que a partir de 1985, cuando regresó de Inglate-

rra, la historia de Chile inició una etapa de nuevas formas que hicieron retroceder el positivismo. Atrás quedaron el erudicionismo (sic) documental de Barros Arana, J. T. Medina, Mario Góngora, Guillermo Feliú Cruz y Villalobos y el estructuralismo braudeliano de Rolando Mellafe, Alvaro Jara y Marcelo Carmagnani.

Resulta difícil comprender qué es lo malo en el notable esfuerzo erudito y documental de los autores señalados, los primeros de los cuales echaron las bases de nuestra historia que, por último, han permitido al profesor Salazar lanzarse al vuelo de su interpretación. No estará de más recordar la hermosa imagen dejada por Newton: "mis antecesores fueron gigantes que alzándose sobre sus hombros me han permitido ver nuevos horizontes".

No se puede desconocer, tampoco, el aporte renovador del estructuralismo a través de las figuras de Mellafe, Jara, Carmagnani y quizás el propio autor de estas líneas.

La historia es objeto de una continua renovación, que no descarta por completo lo antecedente. Habrá que recordarle a nuestro polemista que en 1980, antes de la alborada de 1985, una obra, todavía en publicación, planteó una profunda renovación en el método y la visión histórica, coincidente en cierta medida con el planteamiento suyo: aunque sin el desequilibrio ideológico.

En relación con el punto anterior, Salazar se extiende en algunas frases despectivas sobre la investigación en archivos, porque éstos contendrían únicamente la documentación oficial. En buena parte es así, pero también existen fuentes privadas y, lo que es muy importante, los papeles oficiales permiten entrar en la historia de los sectores más modestos. Informes de intendencias y gobernaciones, papeles eclesiásticos, notariales y, especialmente judiciales, forman una cantera riquísima, que el mismo

profesor Salazar ha empleado de manera sobresaliente. Su afirmación, por lo tanto, es desconcertante.

La intención suya es la de valorizar la historia oral, que, en verdad, es interesante para las épocas recientes; aunque debe someterse a crítica y, en todo caso, corre el peligro de confundir la realidad con la mentalidad y el folclore popular. Para épocas más alejadas, el testimonio oral carece de valor: está nublado por el mito.

Las equivocaciones e incongruencias en que cae nuestro contradictor me hace temer que al calor del debate se desorienta.

Debo rectificar, aún, dos afirmaciones de Salazar que me tocan de manera personal. Sostiene que he criticado la *Historia contemporánea de Chile* sin haberla leído y "de carambola" por basarme en el comentario hecho por M. Angélica Illanes. Así es, en efecto, como lo dejé claramente establecido en mi primer artículo. Pero mi crítica ha ido mucho más lejos; he tomado en cuenta casi todos los libros y artículos publicados por él, porque la última obra es parte de un todo, de una construcción en que el pensamiento fundamental es perceptible y puede ser analizado en amplitud. Mi base, en consecuencia, es legítima.

La segunda afirmación está implícita en la frase "mis detractores", empleada por el profesor Salazar, que a todas luces es injusta. Tanto el señor Rodrigo Ahumada en su extenso comentario, como yo, hemos respetado a la persona de nuestro contrincante, sin infamarlo ni denigrarlo, como hubiese sido necesario para merecer un título tan duro.

Ahora es necesario ir a la materia de fondo

Con posteridad a la Segunda Guerra Mundial y a medida que concluyó la Guerra Fría y se produjo el descalabro de la Unión Soviética, surgió el llamado

“posmodernismo”, que nadie ha podido definir con claridad, acaso porque carece de coherencia en sus elementos. En forma general, se afirma que es un reacción contra el pensamiento y los valores generados por el Racionalismo del siglo XVIII y los “metarrelatos” y “metadiscursos” que habían seguido hasta mediados del siglo actual. Vale decir, el liberalismo, el socialismo, el marxismo, la social democracia y el neoliberalismo en las orientaciones políticas y sociales; el positivismo y el estructuralismo desde el ángulo epistemológico, entre otras tendencias.

Había habido un “constructivismo” y era necesario ir al “deconstructivismo”.

Filósofos, sociólogos, epistemólogos, sociólogos y tratadistas de la literatura fueron presas del desconcierto y dieron en formular nuevas teorías en reemplazo de las antiguas. Surgieron entonces muchos planteamientos entrecruzados y heteróclitos que, lejos de dar solidez a la reflexión, más bien crearon un cuadro caótico.

En la imposibilidad de mencionar todos los “aportes”, nos referiremos únicamente a los más relacionados con las ciencias sociales.

Surgió el “relativismo”, una vieja escuela cercana al “historicismo”, que niega la existencia de verdades absolutas. Cada uno, cada tiempo, tienen su verdad. Todo es posible, nada puede ser rechazado.

A parejas con lo anterior corre el “subjetivismo” al preconizar que el conocimiento no puede ser objetivo, pues depende del sujeto cognoscente. Cada perspectiva es válida y puede aproximarse a la realidad desde su propio ángulo.

Suma y sigue. El “pluriculturalismo” descansa en la idea de que no hay una sola cultura, sino cuantas se pueden imaginar, aun dentro de un mismo país, atendiendo a las clases sociales, minorías étnicas y cuantos sectores puedan distinguirse. El plantea-

miento no es equivocado; pero llevado al extremo resulta desintegrador.

La crítica al positivismo, el marxismo y el estructuralismo ha caracterizado al posmodernismo, sin que falten razones para hacerlo. Con todo, ninguna posición teórica puede ser despachada sin más. Todas han hecho algún aporte. ¿Quién podría negar al marxismo el mérito del relieve dado a la economía, los modos de producción y la lucha de clases en la historia? Otra cosa es creer que esos elementos sean determinantes e invariables.

El positivismo, denostado desde todas las posiciones epistemológicas, en cuanto buscaba aproximarse al método de las ciencias naturales y creía llegar a establecer las leyes de la conducta humana y hasta una religión de la humanidad, dejó en todo caso una forma de aproximarse a un objeto de estudio de la que nadie puede excusarse. La realidad presente o pasada existe de manera objetiva, cierta e indudable: pero el estudioso puede deformarla al aproximarse a ella, sobre todo si son cuestiones altamente complejas. Esa dificultad, sin embargo, no puede detener el esfuerzo de la objetividad, hasta donde es posible, porque renunciar a ello es abrir paso a todas las arbitrariedades. Colocarse en el subjetivismo estricto es renunciar a conocer y no poder encontrarse en ningún plano. La consecuencia es el escepticismo y el nihilismo.

Reconozcamos que la historia es un conocimiento acumulativo, siempre perfeccionable, y por eso existe la crítica histórica, la entrega de muchos investigadores y la sucesión de obras contrapuestas, que al fin van confluendo a un conocimiento lo más objetivo posible. En la base se encuentran las fuentes, los documentos, los archivos y también los testimonios orales. Nunca agradeceremos bastante que haya habido un positivismo y que muchos historiadores hayan trabajado de manera erudita. Me parece increíble tener que defender estas cosas.

El positivismo, como método de trabajo, ofrece una sólida base de conocimiento: pero estaríamos equivocados si sólo nos quedásemos en ese nivel, sin desplegar la imaginación creadora. Hoy día, el historiador no se queda en los hechos, sino que busca su explicación y llega a la interpretación, que es donde realmente se comprende a la historia.

En la interpretación es donde reside el subjetivismo, el pensamiento del historiador, sus experiencias y el peso de las teorías que lo orientan. Estas últimas habrían guiado sus búsquedas, atrayéndolo hacia tales y cuales temas, adelantando posibles interpretaciones: pero finalmente serán los hechos positivos los que determinen si la teoría es aplicable o no. De nada valdrán el pensamiento abstracto ni las brillantes teorías si los porfiados hechos dicen que no.

Teorías y hechos forman un círculo sin término que encierra al juego intelectual. Desde los hechos surge, mediante la inducción, el pensamiento teórico y desde este último, a través de la deducción, se descien- de a los hechos para ver si caben dentro de la teorización. Ese es un movimiento perpetuo, que nadie puede detener.

Volviendo al tema específico del posmodernismo, en que Gabriel Salazar cabe sólo a medias, digamos que ha llegado a constituir un batifondo de difícil coherencia.

Salazar echa de menos en nuestras elucubraciones un mayor conocimiento en

el área de las ciencias sociales, y ello nos lleva a formular dos consideraciones. Es probable que esa afirmación se deba al hecho de no conocer toda nuestra obra, lo que es comprensible por su volumen. Por otra parte, detesto exhibir sabiduría de libros y entrar en complejas y aburridas disquisiciones teóricas y metodológicas, prefiriendo la exposición llana, donde los conocimientos abstrusos quedan implícitos y se evita aburrir a los lectores.

Estas no son añejeces ni ignorancia, es sólo un mimetismo para no asustar. Por otra parte, dado que en el panorama intelectual las grandes orientaciones aparecen y decaen y vuelven a aparecer, ninguna tendencia queda definitivamente enterrada. Otoños y primaveras se suceden sin parar.

El profesor Salazar estima que sus ideas son muy renovadas y se encuentran en la avanzada de la epistemología. No obstante, autores recientes han pulverizado los paradigmas posmodernistas, llegando hasta la mofa. Appleby, Hunt y Jacob (Barcelona-Santiago, 1994) han hecho una amplia crítica de las recientes posturas historiográficas; Alan Sokal y Jean Bricmont, en *Imposturas intelectuales* (Buenos Aires, 1999), han desenmascarado las confusiones y hasta las triquiñuelas de los posmodernistas.

Recomiendo su lectura, porque además de ser un regocijo para el espíritu, nadie puede objetar su novedad.